

Ca/98 m/12 +

EMILIANO BALÁS

RUDEZAS
DE UN CUARENTÓN



FERROL

IMP. DE «EL CORREO GALLEGO»

Calle Real, 139 y 141

1904

04.963

RUDEZAS
DE UN CUARENTÓN



FERROL

IMP. DE «EL CORREO GALLEGO»

Calle Real, 139 y 141

1904

A la memoria del eminente sabio ferrolano D. José Alonso López, autor de la olvidada y casi desconocida obra titulada «Consideraciones generales sobre varios puntos históricos, políticos y económicos á favor de la libertad y fomento de los pueblos, etc.», obra que, de haber tenido la circulación á que le da derecho su mérito, habria influido notablemente en el progreso y cultura de nuestro país,

Dedica esta humilde colección de composiciones cuyo desaliño sólo puede igualar el buen deseo que las inspiró

El autor.

Á la torre de Hércules.

Yo te admiro, granítica torre,
Que cual celta armado,
Apoyado en su lanza, contemplas
El gran puerto ártabro
Y ante tu esbelta mole altanera
Pasaron los años,
Como pasan á tus pies, las olas,
En perpetuo y vario
Y confuso tropel, á las unas,
Otras empujando,
Ya mansas, ya altivas,
Las plantas, en tanto,
Salpicándote con su hirviente espuma,
Y un tapiz tendiéndoles, de arabescos blancos.

En verdad, no has tomado de Hércules,
Torre gigantesca, el gran nombre, en vano;
Pues, las recias tormentas, que azotan
Bramando con furia, el piélagó ártabro,
No consiguen moverte, no obstante
Su fiera amenaza y horrible aparato;
Y tú, siempre fija
Y tenaz mirando,

Con tu ojo de cíclope
Rojo é inflamado,
Penetrante, encendido y ardiente,
Devuelves impávido,
En la oscura procelosa noche,
Con tu parpadeo, el reto lanzado.

No te importa, sobre tu cabeza,
Que ronco, retumbe el trueno, rodando;
Ni te importa la luz fulminante,
Que cárdena, lanza iracundo, el rayo,
Rasgando imponente,
De la noche el caos;
Ni te importa, que el Aquilón rudo,
En rápidos giros, furioso bramando,
Gemir haga, las cuerdas de hierro
De tus pararrayos,
Arrancando estridentes sonidos,
Agudos y graves, roncós é irritados.

¿A quién guardas ó por quién esperas
Gigante de piedra, que cual otro Argos,
De día y de noche, tenaz escudriñas,
Quién entra y quién sale en los puertos ártabros?
Tú has visto al fenicio;
Tú has visto al romano;
Y viste á los godes
Y viste al normando
Y has mirado al feroz agareno,

Que fuertes y armados,
Invadir consiguieron, los fértiles
Y profundos valles, de tu suelo amado.

Tú también has mirado impertérrita,
La épica lucha, que Drake el britano,
Con su flota, sostuvo á tu vista,
Frustrado saliéndole, su empeño insensato,
De domar á los ártabros fieros,
Que fuertes, defienden su patria, luchando
Y viste á María,
Lanzar el peñasco,
Que al inglés invasor, al Averno
A bajar obliga, veloz como el rayo,
Haciendo la muerte
Caer de sus manos,
La orgullosa bandera británica,
Que audaz empuñaba, el muro escalando.

Cuantas vidas á través del tiempo
Benéfico faro,
Ha salvado tu luz rutilante,
A los marineros, el puerto mostrando,
Y en lóbrega noche,
Tu destello claro,
Impidió que el bajel, en la costa
De sirtes cubierta, se hubiera estrellado;
¡Salve, torre herculina, famosa,
Permitan benéficos, favorables hados,

Que tu luz alumbre
A los pueblos ártabros,
Más felices, dichosos y prósperos,
De lo que hoy los miras desde tu peñasco!

*
* *

¡Oh tierra de los cuervos y los pinos!,
Tierra esquiva del Val,
Desolado y arisco Vitarquinte,
Selvático Baltar,
Fragoso y montesino Valdetiris,
Ameno y feracísimo Meirás,
Arrullados al son de la Frouseira,
En eterna y tenaz
Lucha, sufriendo el choque de las olas
Que atruenan el espacio, sin cesar
Y baten como arietes formidables
El duro y escabroso peñascal
O en la arena revuélvense furiosas;
¡Cuán grato es en la triste soledad
De la callada misteriosa noche,
Ofr al despertar,
Vuestro ronco retumbo, que asemeja
El ruido de lejana tempestad!

*
* *

Navío que el profundo inmenso piélago
Vas cruzando, al azar; las blancas lonas
En girones, las jarcias destrozadas,
Regido el gobernalle por neurósicas
Criaturas, menguadas é incapaces,
Que á embarrancar le llevan, en la costa.

Aguila, que mordida por el áspid
Y en el seno llevando la ponzoña,
Levantas ciega, el poderoso vuelo
Y hasta las nubes, rauda, te remontas,
Para caer de tan inmensa altura
Sobre los picos de erizadas rocas.

Jinete que sin fuerzas ni destreza,
Te atreves á montar, en la redonda
Grupa, de ardiente, generoso bruto,
Al que irrita, enfurece y le provoca,
Tu espuela inconveniente y torpe mano
Que antes que dirigirle, le desbocan.

Cazadora inexperta, que á la fiera
Acorralada, sin cesar, provocas
Y los perros le azuzas imprudente,
Hiriéndole en lugar do más furiosa
Se torne y te acometa exasperada,
Con su arma formidable, ebúrnea y corva.

Aeronauta que montas, temerario,
En máquina reciente voladora
Y sin cuidarte de observar la altura,
Penstras en terrible, impetuosa,
Corriente que te arrastra y precipita,
Rompiendo tafetanes y maromas.

.....

España pobre, triste y desdichada,
Regida por aquellos, que á oprobiosa
Derrota, te han llevado y te conducen
Al caos, la anarquía y la deshonra;
Eres buque sin rumbo, águila herida,
Caballo desbocado, cazadora

Inhábil é imprudente, presentándose
Ante la fiera herida ya y rabiosa;
Eres, en fin, cual ese aeronauta
Ignorante, avanzando en la ciclónica
Veloz nube, que rápida le envuelve,
Le arruina, le aturde y le destroza.

*
* *

Así como la noche tenebrosa
Sucede fatalmente al claro día,
La dulce libertad, grata y hermosa,
Tiende á verse trocada en tiranía;

Force prime le droit, Bismarck decía
Detentando á la Francia luctuosa
Y el profundo Darwin á la horrorosa
Lucha brutal, primaria, nos volvía,
Con su *Struggle for life* (1) frase famosa;

No tarda tanto tiempo en inflamarse
El reguero de pólvora, si el fuego
Le llegan á aplicar, cual en notarse
Los funestos efectos, producidos,
Por los dos apotegmas referidos;

La brutal ambición más desalmada
Por todas partes y el furor más ciego:
La fiera intransigencia,
La lucha de las clases, empeñada,
Apelando á la bárbara violencia;

El odioso egoísmo artero, insano,
En naciones, familias é individuos,
Siendo suprema ley, para el humano;

(1) Léase *layf*.

Los mayores colosos,
Mirándose intranquilos, recelosos,
Las naciones pequeñas
Y débiles, diciéndose alarmadas,
Si serán de las grandes, respetadas;

El aparato belicoso y fuerte
Tren de batir, con sus potentes armas,
Siendo á los pueblos destrucción y muerte;
Los multimillonarios, no contentos
Con vivir rodeados de esplendores,
Encareciendo industrias y alimentos,
En ansia de derroches aun mayores;

.....

No hay duda que el progreso
Alcanzado, es enorme y admirable;
Mas, la sana moral, un retroceso
Tan terrible, sufrió, como espantable;
Vicio, ambición, orgullo, en los de arriba;
En los de abajo, reprimida saña,
Que la miseria y el desdén, aviva;
Dolo y explotación, vil egoísmo,
Desprecio al débil, insultante audacia,
Manifiesta ante el mundo, con cinismo;
Todo, cediendo á odiosa plutocracia,
Y provocando inmenso cataclismo.

LOS CELTAS

(Al laureado poeta gallego D. Galo Salinas).

¡Antorcha celestial! ¡Sol refulgente!
Que rápido caminas al ocaso
Tiñendo el cielo, de oro grana y púrpura
Con más ricos matices acentuado;
Cuanto más te adelantas
A hundirte en el Océano
Y antes de que te ocultes
En el movable, azul, inmenso charco,
Abandonas tus fúlgidos destellos
Y tu disco, aparece recortado
Cual bala de cañón enrojecida
Que se va poco á poco deformando
Sobre un fondo en que lucen, los fulgores
Más ricos, que forjarse el ojo humano
Robándole á la aurora purpurina
Sus soberbios matices, variándolos.

¡Cual se tiñen de azul y de carmines
Los altos cerros y salientes cabos,
En su base bañados por las ondas
Que forman al chocar, festones blancos,
Destacando del mar, que los reflejos
Adquiere, de los cielos incendiados!

¡Cuán grato es contemplar desde la cima
Del monte escueto peñascoso y árido

Tu sublime belleza! ¡oh mar bravo!
Que te estrellas con brío redoblado
A los pies del picacho, que al poeta
Feliz, hace arrancar alegre canto
En el laúd sonoro,
Herido por el plectro, en acordados
Ritmos, de melancólicas, sentidas,
Dulces cadencias, de sabor arcáico;
Al recordar los tiempos fabulosos
De aquellos nobles y valientes bardos
Que cantaban las bélicas proezas
De los guerreros de ánimo esforzado;
Y en la sangrienta liza impetuosa
Luchando cuerpo á cuerpo, demostraron
Ser fuertes entre fuertes y temidos
Del astuto, sagaz, fiero romano.

¡Cuántas veces ¡oh Sol! al ocultarte
En las aguas y el Cielo deslumbrando,
Has visto la entusiasta despedida
Que te hacían los celtas congregados
En la orilla del mar, que hirviente bate
La abrupta costa de los pueblos ártabros
Y escuchaste el sonido de sus gaitas;
Y el grito agudo, gutural, selvático,
De sus robustos pechos, conmoviendo
Los ecos de los valles, resonando
Llegó hasta tí, cual llega hasta las águilas
Que remontan su vuelo en el espacio

El áspero graznido penetrante
De sus hijuelos, de calor privados;
Así también á tí, Sol radiantísimo
Despedían los celtas, con sus cantos
Y sus gritos agudos y estridentes
Y sus guerreras danzas, embrazando
El escudo de cuero fuerte y toseco
Guarnecido de fúlgidos, metálicos
Anchurosos, punzantes y salientes
Amarillentos y bronceíneos clavos
Sobre los que al chocar el duro hierro
Del dardo agudo ó del tajante *gládium*
Al compás de la danza belicosa,
Terribles producían resonando
Un formidable, temeroso estrépito
Que repetían montes y collados.

Hoy, tras de muchos siglos, solamente,
Te contempla al morir, oscuro bardo,
Sentado en el escueto, abrupto pico
Que se alza sobre el mar inmenso y ancho;
Ya no se escucha el canto melancólico
De los druidas en los verdes castros,
Ni las bélicas danzas de los celtas,
Y solamente, el eco prolongado
Del penetrante *atruxo* que se estiende
De unos montes en otros, va evocando
De aquella fuerte raza, los recuerdos,
En el más triste olvido, sepultados.

Predicar en desierto...

¿A qué, seguir en vano reclamando,
Si se pierde en el caos, mi palabra,
Patria infeliz, que al borde del abismo
Encuéntraste empujada,
Por hijos corrompidos, desleales,
Que parecen gozarse en tu desgracia?
Como á los pies del mártir,
Que sucumbió en el Gólgota, jugaban
Los feroces soldados,
Teniendo por tapiz, la ensangrentada
Túnica, que cubriera
Sus cárdenas espaldas,
Así juega tu honra
Y tu existencia misma, la insensata
Turba de desalmados,
Entregados á horrible y autofágica,
Inacabable orgía;
Sin que les impresionen, ni tus ansias,
Ni tu agonía triste,
Haga mella en sus pérfidas entrañas;
Ebrios, en su locura,
Ni una mano te tienden, apiadada,
Y al verte vacilar sobre el abismo,
Profieren insensatas
Hipócritas, falaces y mentidas

Frases, de amor y abnegación, bastardas,
Que en su boca, resultan
Insultos viles, de expresión sarcástica;
Todos protestan de su amor ferviente
Y aunque ven que te arrastra
A la profunda sima, horrible vértigo,
Ninguno tiene trazas
De abandonar la muelle,
Cómoda posición, en que se halla;
¡Resígnate infelice, á despeñarte
Cayendo al precipicio!, mas, vengada
Tu muerte habrá de ser y tu agonía,
En esa impía turba, que insensata
Y ciega, no conoce
La suerte desastrosa que le aguarda,
A aquel, que se hace indigno
De independenciam y libertades patrias.

El crepúsculo.

Al cultísimo, entusiasta y amante hijo de Galicia

D. Manuel Castro López.

Cuando el padre del día
Oculto su esplendente, inmensa llama,
Tras la dorada y azulada cumbre
De la sierra fragosa, enhiesta y áspera,
Tiñendo el cielo limpio y transparente,
De ópalo, de zafir y de escarlata,
¡Cuán grato es contemplar las melancólicas
Dulces tintas, que envuelven en su gasa
Vaporosa, las cumbres de los montes,
Irguiendo abruptas, sus cabezas calvas,
Coronadas á trechos, de altos pinos,
Que cimeras de casco, simularan!
¡Cuán dulce y melancólica tristeza
El alma invade, cuando el sol apaga
Su antorcha rutilante, tras la cúspide
Que sobre el claro cielo se destaca,
Teniendo como base en que se asienta,
El terso espejo de bruñida plata,
De su sombra gigante y misteriosa
Se refleja fielmente y prolongadas,
Las luces que en aquella sombra inmensa

Comienzan á encenderse, se retratan
En la argentada líquida llanura,
Cual cintas luminosas, que oscilaran
Con tenues mōvimientos, vibratorios,
Formando las diversas ígneas franjas,
A distintas alturas, rielando,
Algo, como las notas de un pentágramal;
¡Cuán silenciosa viene, la sombría
Noche, que lenta y sin cesar avanza!
Y, ¡cómo los planetas, aparecen,
Tachonando la bóveda azulada!
Primeramente, dos ó tres tan sólo,
Apenas débil su destello, lanzan;
Poco á poco en la inmensa etérea altura,
Surge, innúmera pléyade, estrellada;
A veces, desde un punto del espacio,
Se desprende fugaz, fúlgida, rauda,
Brillante estrella, que rasgando el aire,
Inflámase, al cruzar su tenue masa
Y describiendo un arco luminoso,
Vuélvese á oscurecer apresurada;
En tanto las tinieblas, invadiendo
Van, el monte, los valles y las aguas
Y sólo las estrellas infinitas
Que forman la anchurosa vía láctea
Y los mil refulgentes luminares,
Que en cadenciosa, acompasada marcha,
Van describiendo el gigantesco ciclo
Del polo en derredor, su luz escasa

Dirigen á la tierra, do el insecto
Hace crugir sus alas coriáceas
Produciendo zumbidos á millares,
Entre los que domina el grillo talpa
Con su estridente zumbador chirrido,
Que aturde, al que se acerca á su morada;
También se ve la luz de la luciérnaga,
Verdosa, aparecer entre las zarzas,
Cual ojo centelleante de un felino,
Que acechando su presa, dilatara
La brillante pupila luminosa,
Fosforescente, sugestiva y ávida;
A veces, produciendo un ruidillo
Al batir el murciélago sus alas,
Pasa fugaz, rozando nuestra frente,
Con las desnudas débiles membranas
Y el silbido burlón de la lechuza
En la grieta del muro, colocada,
O del mochuelo el eco plañidero,
Llenan de horror y de tristeza, el alma;
No es raro, el escuchar los alaridos
Por la zorra lanzados, que en su marcha
Precipitada forma con su aliento,
Algo, como una opaca llamarada,
A manera de tenue fuego fatuo,
Que sale de su fétida garganta;
En las charcas, lagunas y pantanos,
Cantan á coro, las zancudas ranas
Y huyendo de voraces enemigos,

Salta el pez escamoso, sobre el agua;
Cierra por fin, la noche misteriosa,
Llena de soledad, tristeza y calma
Y el hombre, busca el plácido reposo,
Con que el cansado cuerpo, se repara.

Al inspirado bardo gallego

Don Eduardo Pondal.

Ilustre vate, que inspiradas rimas
En el lenguaje regional sonoro,
Con argentado plectro, hiriendo hábil
Tu lira, de vibrantes cuerdas de oro,
Has cantado, sublime conmoviendo
A todo el inmortal Castalio coro;
Perdona que se atreva la voz mía,
Tosca, desaliñada, áspera y ruda,
A llegar hasta tí, para alabarte,
Ansiosa de aplaudirte y de admirarte;
¿Quién, del arcaico celta, los amores,
Las luchas, la fiereza y valentía,
Ha logrado expresar cual tú, obligándonos
A sentir la tenaz melancolía

De la dulce Rentar, ó de Maroñas,
La homérica, tristísima agonía?:
¿Quién, de Tomil y Gundariz, alzando
La tosca piedra que á los dos cubría,
Resucitando de ambos la memoria,
A la vida los trajo de la historia?:
¿Quién con más inspirado y dulce acento
Nuestros valles cantó, nuestras montañas,
Nuestros antiguos y feraces castros,
Nuestras abruptas costas, con extrañas
Profundas, negras, misteriosas cuevas,
Do se ocultan salvajes alimañas?:
¿Quién igualó en pasión y sentimiento,
A la tuya de Anllons, campana triste?:
¿Quién expresó jamás, con la ternura
Que tú, la melancólica tristura
De aquel bergantiñan, aprisionado,
De su patria y familia separado?:
Yo, te osé traducir, no por capricho
Pedante, original é inconveniente,
Mas, ardiendo en deseos de admirarte
Y hacerte conocer de extraña gente,
Y aunque á la traducción darle no pude
Tu gran dulzura y tu lenguaje ardiente,
He sorprendido en los que me escuchaban,
Más de una vez, la lágrima furtiva
Que brillando en los ojos rutilante,
Asomó á las pestañas, titilante;
¡Bardo de nuestra céltica Galicia,

Que el lenguaje del bosque rumoroso
Y de los verdes pinos, de hojas bífidas,
Interpretaste el eco cadencioso;
Aunque la parca fiera, de tus días
Llegue el hilo á cortar, con su doloso
Hierro cruel, no temas que el olvido
Caiga jamás, mientras Galicia exista,
Sobre tu ilustre nombre, esclarecido!

*
* *

¡Cuán esplendoroso alumbra
El rubio Febo, el paisaje
Que alegre se despereza
Al soplo de los suaves
Perfumados, blandos, tibios
Céfiros primaverales!
Pasado ya el crudo invierno,
Con sus nieves y huracanes,
Asoma el dorado sol,
Por entre rotos celajes
Formados por densas nubes,
Que agrupadas, festonándose
Con oro, púrpura y nieve,
En mil matices cambiantes,
El cielo tornan, magnífico

Kaleidoscopio admirable;
Los embalsamados brotes,
Que en las ramas de los árboles,
Durante la estación fría
Cual en reducida cárcel
En duro estuche durmieron,
Comienzan á despertarse
Sembrando de verdes tonos
El despojado ramaje.
Siéntense los dulces trinos
De las mil pintadas aves,
Que, himnos de grata alabanza
Al sol parecen cantarle;
La manzanilla aromosa,
Matiza el césped suave,
Con sus blancas margaritas,
Que un botón de oro brillante
Ostentan, en su corola,
Entre aljófares y nácares;
Algunas mariposillas
Alegres, cruzan el aire;
Como pétalos vivientes
De unas flores, que juntándose
En el espacio, al contacto,
Presurosas, separáranse,
Confundidas con la niebla
Que oculta el profundo valle,
Vislúmbranse de la aldea
Las chozas, que al destacarse

Con sus rojizas techumbres,
Por los claros del ramaje
Enmarañado, parecen
De tejas, toscas pirámides,
Envueltas en la humareda
Que en confusas espirales,
Más bien que subir, extiéndense
Por las vertientes y cauces,
Condensándose en las quiebras
Y demás profundidades;
Las esquilas del ganado,
Los gritos de los rapaces
Y otros mil confusos ruidos
Que del valle al despertarse,
Se desprenden, dan al todo
Conjunto tan agradable,
Que ansia de vivir, producen
En el hombre, al contemplarle;
Todo es paz, todo armonía,
La dicha por todas partes
Se manifiesta y parece
Que con nada turbarase.

En la cumbre de alto pico
Que mirado desde el valle,
Entre las nubes, esconde
Su altiva cima, arrogante,
De eternas nieves cubierta,
Que por los rayos solares
Fundidas, desprenden rápidos

Como líquidos cristales
Cien arroyos, murmurando
Y entre guijas deslizándose,
O en torrentes convertidos
Saltan, se despeñan, caen
Por los musgosos peñascos,
Espumando jadeantes,
Los ecos estremeciendo
Con su mugir incesante;
Del pico en la altiva cúspide,
Repentinamente, salen
Fieros gritos, que las águilas
Remontándose en los aires,
Lanzan al inmenso espacio,
No agudos y penetrantes,
Excitando á sus polluelos
A la caza y al pillaje;
Sino gritos, cuyas notas
Estridentes y salvajes,
Indican más bien que ira,
Terror pavoroso y grande,
Que al difundirse en el éter
Y llegar hasta los valles,
Hacen que cese de pronto,
El canto de los rapaces,
El sonar de las esquilas
Y el confuso rumor, que antes,
Himno de grata alabanza
Al sol, parecían cantarle

Todos los seres vivientes
Que felices contemplábanse;
¿Qué es lo que trueca en silencio
Profundo, aquel agradable
Variado grato rumor?
¿Qué causa enmudecer hace
Del valle ameno y risueño
A todos los habitantes?
¿Por qué después del silencio,
Se oyen lamentos y ayes
Y por qué de las mujeres,
La fresca voz, sobresale,
Llamando angustiada, á gritos,
A aquellos que dispersáranse,
Conduciendo los ganados
A sus pastos y heredades?
¿Por qué tan terrible pánico?
¿Por qué conmoción tan grande?
¿Por qué siguen, sus graznidos
De alarma dando, á los aires,
Las águilas poderosas,
Que en continuas espirales,
En redor de la alta cima
Azotan fieras el aire?
El sol, esplendente, alumbra
Por un claro del celaje
Y su rubia faz mostrando,
Ilumina todo el valle;
Blando y plácido, Favonio,

Apenas mueve los árboles
Desnudos, en cuyas ramas
Los pájaros poco antes
Cual consumados acróbatas
Bulliciosos, columpiábanse;

.....
Es, que los rayos del sol
Tibios y vivificantes,
Fundiendo allá en las alturas
Los cimientos seculares
De helado esférico témpano,
Desprendido de su base,
Tras unos cuantos chasquidos
Que al crugir de los cristales
Aplastados, se asemejan,
Comenzara á deslizarse
Por la nevada ladera
De una pendiente suave,
Agregando en el descenso
A su mole enorme y grande,
La nieve que en su camino
A él se adhiere; transformándole
En espantosa avalancha,
Empieza á precipitarse
Por más rápidas pendientes,
En su ruido, semejante
Al del pavoroso trueno,
Que lejos rodando, se hace
Ronco y cercano, conviértese;

En tremendo, formidable
Atronador estampido,
Que los ecos, se complacen
En repetir, conmoviendo
Las huecas concavidades...

.....

Y en tanto, el terrible alud,
Desciende veloz, al valle;
¡Ay de las miserables chozas
Que en su rodar incesante,
Y rauda loca carrera,
Tristes, á su paso halle!
Destruídas, destrozadas,
Masa informe, tornaránse;
¡Infelices moradores
Que en ellas se cobijaren!
Sus ensangrentados restos,
Con los escombros, mezclándose
Atestiguarán misérrimos
La ruina y el desastre;
¿Quién creyera, de la aurora
Al amanecer brillante,
Que aquella risueña aldea,
Que aquel delicioso valle,
Que aquella dulce alegría,
Pronto habrían de tornarse
En terror, devastación,
Lágrimas, tristeza y sangre?
Mas, no sólo del humilde

Pastor, las chozas y hogares
Ha destruido inclemente
La avalancha formidable;
Hermosa y rica alquería
Y noble granja, asoláronse;
Puesto que el terrible alud,
A todos destrozó, iguales.
Del mismo modo, los pueblos
Que en tiempo no se precaven,
Entregándose á mezquinas,
Ambiciones personales,
Cavando están, los cimientos
Del témpano, que espantable
Terrible revolución
Y odio creando, salvaje,
Puede al traste dar con todo,
Lo pequeño y lo más grande
Y hasta ser puede, la tumba
De las nacionalidades.

*
* *

¡Cómo alegran la vía,
Las gentiles parejas
De bellísimas ninfas,
Que del Betis, animan las riberas!
¡Con qué gracia, caminan
Las lindas cigarreras,
Cual bando de palomas,
El surco recorriendo, con presteza!
¡Qué risas argentinas!
¡Qué garbo y gentileza!
¡Qué sal y donosura!
¡Qué derroche de ingenio y de belleza!
¡Cuántas flores adornan
Su hermosa cabellera!
¡Qué faldas tan planchadas!
¡Qué pulcritud, qué aseo, qué limpieza!
¡Qué pies tan pequeñitos!
No sé cómo sustentan
El peso de sus cuerpos,
Dotados por Ciprina á manos llenas;
El niño alado y ciego,
Se pasea entre ellas,
Vaciando su aljaba
Con desusada y sin igual presteza;
¿Quién es, el que insensible,
Las mira y las tropieza,
Jactándose orgulloso,
De no haber sido blanco de una flecha?

Anocheciendo.

Á MI QUERIDA MADRE

Pajarillo, que buscas del árbol
Añoso y copudo, la altísima rama
Y al morir de la tarde, tus trinos
A semejan dulce y tierna plegaria,
¿A quién la diriges? ¿al día que muere
O á la misteriosa tiniebla que avanza?
Ya las aves canoras, del nido
En la fronda oculto, están amparadas;
Ya del mirlo el chillido medroso
Calló, entre laureles y espinosas zarzas;
Ya el silencio es completo, absoluto,
¿Por qué no te ocultas? ¿por qué no te callas?
¿Por qué aun das al aire, pajarillo triste,
Tus tiernas endechas que avivan mis ansias?
Ya la parda lechuza ha salido
De la oscura grieta donde se ocultaba;
Ya el feroz y agorero mochuelo
Su triste plañido á los aires lanza;
¡Pajarillo imprudente, retírate;
Tu vida peligra! mas... cesó tu cántiga;
¿Do estás, do te has ido? ¡cuán bien esquivaste
La múltiple, fiera, terrible asechanza!

Amaneciendo

Ya del alba las vívidas luces
Tíñen los oteros de púrpura y grana;
Ya la aurora las puertas de Oriente
Abre con sus dedos de rosa y de nácar;
Ya del sol á la luz indecisa
Huyen los murciélagos y lechuzas pardas;
Ya la oscura caverna los buhos
Con vuelo aturdido é incierto demandan;
Ya de aquel pajarillo canoro
Que al morir el día posado en la rama
Eminente del árbol añoso
Con voz melancólica y dulce cantaba
Vuelve á oírse la endecha tiernísima,
La suave, armoniosa y alegre tonada;
Ya Morfeo se huyó de mi lecho
Y aunque reposando mis miembros se hallan,
Los cristales que filtran dudosa
La luz indecisa que alumbrá mi cámara
Me permiten distinguir la copa
De un nogal frondoso y oír cómo canta
En su rama más alta posándose
El pájaro triste que aviva mis ansias;
¿A quién cantas, mensajero alado?
¿Á la triste noche que lenta agoniza
Ó á la luz incierta que despide el alba?

AL MAR

¡Cuántas liras cantaron tu grandeza!
Rugiente mar, inmenso é insondable;
Cuántas tu ira é indómita fiereza;
Cuántas tu espejo nítido admirable
Donde el sol reververa y se retrata
Con brillantes y fúlgidos destellos
Y en que la luna finge los más bellos
Y suaves tonos de bruñida plata.
Tú copias del crepúsculo brillante
Rico en oros, zafiros y rubíes
La policroma espléndida apoteosis
Y su bella y fugaz metamorfosis.
Tú acusas el suspiro
Que dan las auras, cuando muere el día
Y con pujanza indómita y bravía
Amenazas al cielo, furibundo
E irascible, trocado, en un segundo;
Tus gigantescas olas,
Truenan amenazantes y rugientes,
Revolcándose airadas en la arena
Y chocando en los bajos y rompientes,
Revolviendo su pálida melena;
Si el vendabal furioso
O el aquilón frenético é irritado,
Te excitan, con su aliento poderoso
Y su loco rodar desatinado,

Levantas tus inmensas y movibles
Avalanchas rugientes y terribles;
Tú eres, en fin, ¡oh pérfido Oceano,
Retrato fiel del corazón humano;
Es tu plácida calma
Más temible que todos tus furoros,
Disfrazando engañoso tus rencores
Y los odios que hierven en tu alma.

Á la ilustre escritora Doña Emilia Pardo Bazán.

¿Por qué cantas, alondra que al cielo
Tu vuelo remontas
Y á medida que asciendes, los trinos
Y dulces gorjeos más plácida entonas?
¿Para quién esas notas alegres,
Tiernas, bulliciosas?
¿Para quién en tu grata alegría
Modulas tus plácidas endechas sonoras?
—Canto porque quiero
Y porque mis notas
Arrancadas al dulce concierto
Que entre la floresta los céfiros forman
Seduce mi oído,
Y yo soy dichosa

Traduciendo su música bella,
Que parece salida de un arpa
Divina y eólica.

—
Ruiñeñor que te ocultas esquivo
En esa espesura
Que está al borde del manso arroyuelo
Donde su faz pálida retrata la luna;
¿Por qué lanzas tus quejas dulcísimas
Que arroban el alma
De aquel que te escucha?
¿Para qué el silencio de la noche turbas
Derramando la rica cascada
De acentos que llenos están de ternura?
—Canto porque quiero
Y porque me gusta
Traducir esas notas sublimes
Que en la noche plácida vagan en la bruma
Producidas por el arroyuelo
Y entre blancas guijas alegres susurran
Al caer los millares de perlas
Que sobre las linfas chocando simulan
El sonido argentino de un tímpano
Herido del plectro con delicadeza
Y destreza sumas.

—
Troglodita que allá de una cueva
Entre las tinieblas más densas te escondes,
¿Por qué de la llama de tosca torcida

Sirviéndote pintas con rojo y con ocre
Esas formas de seres que el tiempo
Voraz é insaciable borrará del orbe?
¿No es mejor que en tus trampas cogiéndoles
Engullas sus cuerpos monstruosos y enormes?
—No; que es grato á mi tosca rudeza
Hacerme ilusiones
De que soy creador y soy árbitro
De todos los monstruos que adornan mi asilo,
No obstante su fuerza é instintos feroces.

—
¿Por qué cantas, solitario vate
Que arisco y ceñudo esquivas del hombre
El contacto que hiere tu alma
Con sus insidiosas pérfidas ficciones
Ocultas en risas
Cual entre las flores
El ofidio, que instila el veneno
A quien confiado sus bellezas toque?
¿Por qué pasas el tiempo advirtiendo
Y vaticinando, si nadie te oye?
¿No comprendes que la dura crítica,
Cebando en tus cantos el diente, te expones
A que en pago de tus advertencias
Candente corona te ciña de bronce?
—Canto como canta
La alondra en el monte,
Como el ruiñón en la oscura noche,
Como el troglodita pintó, sin que nunca

Hubiese juzgado, sus trazos deformes,
Ser objeto de estudios, que serios,
Tras de muchos miles de años, los hombres,
Admirasen; sirviendo á la ciencia,
En puntos que el velo dudoso, descorren.

*
* *

Doquiera la mirada dirijo escudriñando
La tierra, el agua, el aire, la etérea inmensidad,
La vida en todas partes, sus formas mil mostrando
Al atónito espíritu ofrécese, dejando
Absorto, al pensamiento, su inmensa variedad.

El invisible átomo que oculta al microscopio
Su forma, movimientos y sutil vibración
Y el orbe centelleante, que en rauda giro propio,
Apenas le vislumbra potente, el telescopio,
Proclaman de la vida, la eterna evolución.

No importa el desintegro que sórdida, implacable,
La muerte, haga en las formas variadas sin cesar,
Destruyendo los seres, con hórrida, espantable
Tenacidad, restando tan sólo la mudable
Leve, misera huella, que el tiempo ha de borrar.

No importa que los átomos en mil combinaciones
Se agrupen ó se aparten, con bullicioso hervor
Y que en constantes, múltiples, continuas reacciones
De sólidos, y líquidos, en mil fermentaciones
La forma y propiedades se alteren con ardor.

La fuerza loca y bárbara el duro ensañamiento
Con que tenaz empéñase la muerte en destruir,
No pueden de la vida cansar el movimiento
Y el vértigo afanoso, que cual el pensamiento
Rápido, hace los seres por miriadas, surgir.

Tal como la alta roca que enhiesta, incommovible,
Las iras del Océano mirando con desdén,
Aguanta indiferente el bárbaro, terrible
Batir, que en incesante, tremendo, irresistible,
Rabioso torbellino, le azota en su vaivén.

Mas, aunque tan impávida se muestre en la apariencia,
Sufriendo la oceánica injuria pertinaz,
Minando poco á poco su base y resistencia
La amarga onda salada, constante en su insistencia,
Derribala y destrózala con su impetu tenaz.

Así de la insaciable voráGINE espantosa,
El raudito torbellino, vertiginoso, atroz,
Formando va enormísima corriente caudalosa
De seres, en fantástica, revuelta, tumultuosa
Legión, que al infinito, auméntase veloz.

El tiempo en su implacable tenacidad sin tasa,
Acecha con paciente cautela, sin ceder,
Y cuando del rey astro la inmensa é ignea masa,
Se apague, oscureciéndose su incandescente brasa,
El mundo, enorme bloque glacial, se ha de volver.

También en las tinieblas sus tristes compañeros,
Las órbitas trocando, de elipse en espiral,
Al sol precipitándose rápidos y ligeros,
En raudito torbellino, ya rotos ó ya enteros
Retornarán, en lluvia de mundos, colosal.

Y aquella masa inmensa, opaca y silenciosa,
Partida en cien mil trozos, con hórrida explosión,

Por el inmenso espacio, irá vertiginosa,
Envuelta en la caótica, oscura, tenebrosa,
Negra y eterna noche, deshecha, en confusión.

Carente de la vida, inerte, destrozada,
Girando por el éter, sin meta ni confin,
Trocada en polvo cósmico, disuelta, disgregada,
Tal vez eternamente se vea condenada
A ser de los espacios la escoria más ruín.

PARALELO

Sobre una cruz clavado
Sufre muerte cruenta
Un hombre virtuoso
A quien ingrata multitud condena;
Muere entre dos ladrones
Y en su agonía lenta
Pide por sus verdugos
Al Dios eterno, compasión, clemencia;
Jamás hizo en su vida
Sino el bien y quisiera
Ver á todos los hombres
Unidos, cual hermanos, en la tierra;
La sangre generosa
Que sus miembros chorrean,
Salpica á sus verdugos,

Dándoles luz y vista, que perdieran;
Aunque muere afrentado,
En medio de su pena
Ve al pie de su suplicio
Amigos amorosos, que le alientan;
Las ideas sublimes
Que en el mundo vertiera
Conmueven á los hombres
Veinte siglos después de su existencia.

.....
Allá, en el Sur del Africa,
En una casa espléndida,
Muere un ser, cuya vida
Fué trasunto de orgullo y de soberbia;
No ignoró de aquel mártir
La caridad inmensa
Y abnegación sublime
Que resistió á la muerte más tremenda;
Pero, tal vez hiciéronle
De diversa materia,
Puesto que de los hombres
Enemigo implacable se demuestra;
Más feroz que los tigres,
Los leones y hienas,
Excita á sus parciales
Al esterminio de una raza entera;
Aunque de sangre un río,
Le inunda y le rodea,
Mezquino le parece

Para saciar la sed que le atormenta;
Las últimas palabras
De su hora postrera
Son estas: *¡se hizo poco!*
Y ¡cuánto! ¡cuánto, por hacerse, resta!
¿Con qué masa formóse
Esta furia proterva?
¿Con la del Minotauro
Que aterró y enlutó la triste Creta?
No sé: mas mientras hombres
Existan en la Tierra,
De aquel mártir del Gólgota
Bendecirán el nombre y de la fiera
Humana, que hace poco
Dió fin á su existencia,
Solamente los llantos
Y sangre derramada le recuerdan.

—
Diz que tiende al progreso
La humanidad entera,
Y no hay diques ni vallas
Capaces de oponerse á su carrera;
Mas, del mártir sublime
Las ideas benéficas,
La caridad ardiente
¿Do están? ¿do se practican y se observan?
¿Consiste el adelanto
En la lucha cruenta
Bárbara y ominosa

Y en vivir en constante pie de guerra?
¿Es señal de cultura
Que á naciones pequeñas
Las engullan las fuertes
En la lucha cruel por la existencia?
¿Es que, cual otro Arquímedes
Debió decir *Eureka*
Bismarck, cuando la frase
Fuerza anula el derecho, respondiera?
Si el que espiró en el Gólgota
Resurgiendo en la Tierra
Viese tanto egoísmo,
De su muerte y pasión se arrepintiera.

En sueños.

Á MI QUERIDO PRIMO

el cultísimo é inspirado poeta D. José Pérez de Castro.

Yo me hallé del Alcázar morisco
Bajo las arcadas de pórvido y mármol
Y admiré las sentencias profundas
Que orlaban sus puertas, con textos arábigos
Y del bello ajimez primoroso
Las tenues columnas y ojivales arcos
Y los mil arabescos preciosos

Que el más fino encaje hubiera envidiado
Y los zócalos de rico azulejo
Con irisaciones y brillos metálicos;
Yo entretúveme mirando techumbres
De ébano, alerce y cedro, labrados,
Combinándose en sus lacerías
Formando artesones riquísimos, varios,
Y soberbios tapices de Persia,
De bellos colores, con oro y topacios,
Que adornaban aquellas paredes
Y aquellas estancias, con un lujo asiático;
Yo aspiré los suaves aromas
De los pebeteros, que desde los ángulos
Espancían el rico perfume
Del benjuí, la mirra, el ámbar y el sándalo
Y admiraba en soberbias panoplias
Las brillantes armas que desde Damasco
Enviara cual rico presente
Cierta ilustre súbdito, á su soberano;
Capiteles, auríferas lámparas,
Macetas con flores, en alegres patios,
Que de jaspes y mármol espléndidos
Forman mil dibujos curiosos y extraños;
Todas estas bellezas innúmeras,
Contemplé atentísimo, tranquilo é impávido;
Mas, el suave y constante murmullo
De un surtidorcito, que allí solitario,
Arrojaba millares de perlas
Sobre un cristal puro, líquido y diáfano,

Excitando mi melancolía,
Causóme un efecto prodigioso, mágico,
Ya una música dulcísima y tierna
Creía al oírle, estar escuchando,
Ya gemidos, sollozos y lágrimas
De tristes eunucos, cautivas y esclavos;
Ora el ruido de besos ardientes,
Estallando al choque de copas y vasos,
Ya el arrullo de madre amorosa
Que al infante mece, en su seno blando;
Otras veces, de virgen purísima
El tierno suspiro soñador y casto
O el que ardiente se exhala de un pecho
Varonil, que mira su amor despreciado;
Los gnomos, que saben la historia
Del soberbio alcázar, del rico palacio,
Parecían contarme indiscretos
Las consejas múltiples, que les confiaron;

.....

Yo no sé cuánto tiempo estaría
Oyendo su charla absorto y estático,
Sólo sé que del sol refulgente
Se había extinguido el postrero rayo
Y una voz me sacó de mi éxtasis
Diciéndome en tono profundo de bajo:
—¡Caballero, usted me dispense;
Pero... hace una hora debí haber cerrado!

*
* *

¡Gloria! vana ilusión, caro fantasma,
¿Por qué al genio, traidora é implacable
Brindas con engañosos espejismos
Y con ficticias luces, deslumbrándole,
Le incitas á seguirte en afanosa
Lucha cruel, reñida é incesante,
Haciéndole sufrir las mil torturas
Que sufriría un ciego, al que obligásele
A correr desalado, en escabrosa
Torcida senda, donde los zarzales
Alternasen con duros y salientes
Peñascos erizados y cortantes?
¡Ay de aquel que ofuscado por tu brillo
Tenaz te siga y con afán batalle
Por alcanzar el lauro apetecible!
Al áspero camino interminable
Le saldrán, en tropel, acometiéndole,
La envidia cancerosa, la insinuante
Pérfida adulación, la vil calumnia
Que, cual grasienta gota, va ensanchándose
Y en concéntricos círculos se extiende;
La crítica mordaz, con su falange
De sórdidos, menguados, fieros Zoilos
Y de ineptos, la turba despreciable
Que hundida del infierno en la impotencia
Vomita imprecaciones á millares
Contra aquel atrevido Prometeo

Que á la luz inmortal quiere acercarse.
Todos llenan de obstáculos la senda
Que ha de hollar con sus pies el triste mártir,
Todos anhelan que en su afán sucumba,
Todos en detenerle se complacen,
Y al ver las energías que despliegan
Los más ignaros, torpes y haraganes
Creyérase persiguen á un malvado
Ó á un hidrófobo can; los miserables
Se empeñan en no ver que el perseguido
Va á abrirles derroteros é ideales
No soñados tal vez y aquellos surcos
Abiertos y regados con su sangre
Habrán de producir pingüe cosecha
Que otros recogerán, sin acordarse
Que en sudores y lágrimas disuelto
Fuera, el manjar, que sus delicias hace.

*
* *

Turbóse el claro día
Y obscuras nubes densas
Con rojo matiz cárdeno
Dan á los cielos expresión siniestra;
El cefirillo suave,
Lleno de mil esencias,
Fué barrido del Austro
Que ruge, furibundo, entre la selva;

Las delicadas flores
Que corales y perlas
Su belleza envidiaban,
Arrancó de cuajo la tormenta,
Del huracán, en alas,
Desatentadas, vuelan,
Mezcladas con el polvo
Y residuos de antiguas hojas secas,
Como locas bacantes
Corren y se atropellan,
Girando arrebatadas,
Tropezando en las tapias y malezas;
La lluvia que incesante
Azota las vidrieras,
Precipita en el fango
Tanta gala, perfumes y belleza;
Así, mis ilusiones
Arrebató, cruenta,
La pasión insensata,
Perturbando mi plácida existencia.

A un cometa.

Cometa que con raudo movimiento
É inmensa rapidez vertiginosa
Penstras del espacio en los abismos
Y en él describes tan inmensas órbitas
Que al pensamiento humano causan vértigos
Y el cálculo se pierde en esa ignota
Profunda inmensidad del infinito
A donde en tu carrera te remontas,
Formado de materia sutilísima,
Esplendente, radiante y luminosa;
¡Tú, que pasas, circulas y te envuelves
Entre esas moles que en el éter flotan,
Con las cuales la Tierra, comparada,
Es átomo invisible y cuya atmósfera
Se mezcla con tu masa difusible,
Rarefacta, sutil, tenue, fosfórica!
Explicame el misterio de que existas
A través de los siglos y no absorban
Tu substancia los cuerpos que tropiezas
Y en los cuales te enredas y te arrollas,
Siendo en el infinito etéreo espacio
A manera de blanca mariposa
Siempre de flor en flor libando néctares,
Que lo mismo voluble, alegre, roba
El perfume á la cándida azucena
Ó en el rojo clavel ó en la amapola

Detiene el vuelo y del verjel florido
Húndese en las umbrías más recónditas
Y en los macizos do esplendentes brillan
Las purpurinas delicadas rosas.
¡Quién fuera como tú astro ligero
Y pudiera seguirte á las remotas .
Ignoradas regiones do al humano
Vedado está llegar; hasta la ignota,
Tenebrosa, profunda, etérea altura
Do la potente vista telescópica
Se pierde, cual se pierde la mirada
En negra noche tempestuosa y lóbrega!
¡Quién pudiera observar los luminares
Que á tu paso tropiezas y en las formas
De los inmensurables esferoides
Sin cesar, por tí hallados, la asombrosa
Variedad de los seres que los pueblan,
Los ópticos efectos que coloran
Los sistemas de mundos y alumbrados
Por soles de luz verde, azul ó roja
Lanzan destellos fúlgidos, bellísimos
A un mismo tiempo y caprichosas forman
Variadas, extrañas, admirables
Combinaciones mil, kaleidoscópicas!
¡Qué tonos! ¡qué cambiantes! ¡qué matices
Finge la luz en la diversa atmósfera
Que rodea á esos mundos colosales
Girando acompasados en sus órbitas!
¡Qué noches fuertemente iluminadas

Por múltiples satélites, ahora
Rápidos dirigiéndose á su ocaso
Ó en el orto asomando, sus auroras
Con los destellos fúlgidos mezclándose
Que desde el cénit esplendente arrojan
Los nocturnos radiosos compañeros
Émulos de su brillo, en caprichosa
Luz, reflejada de diversos soles
Policromos que á veces se transforman
En los tonos del iris más variados
Que la ilusión en sus delirios forja!
¡Quién, cual tú, penetrase en el misterio
Que envuelven las radiantes masas cósmicas
Revueltas en inmensos torbellinos,
Agitadas en mil diversas formas
Y en terrífica lucha de titanes
Se mezclan, se confunden, se entrechocan
Y en el grandioso atronador estrépito
Formado por enormes ígneas olas
Tan grandes como mundos, desbocadas,
Sin freno, en confusión, abrasadoras,
Sorprendiese el secreto que á la génesis
De los orbes preside, en la caótica
Lucha, do la materia se despierta
Formando la confusa nebulosa!
¡Quién pudiera!... mas ¡basta, musa mía!
No más inculques en mi mente loca
Deseos é ilusiones imposibles
Que el alma llenan de mortal congoja

Al ver la pequeñez y la impotencia
De este átomo viviente que atesora
En su débil cerebro las ideas
Tan grandes, tan abstractas y ambiciosas
Que, no un mundo, mas todo un Universo
No bastara á saciar su sed de gloria.

*
* *

Ya del sol el tibio rayo
Disipa las densas nieblas;
Ya reverdecen los árboles,
Ya llega la Primavera.
La manzanilla aromática,
Los lirios y violetas
Orlan, esmaltan, festonan
Y embalsaman las veredas;
Ya en los árboles frutales
El brote hinchado revienta
Desbordándose en mil flores
De aljófara, coral y perlas;
Pinzones, mirlos, jilgueros
Y golondrinas parleras
Compiten en su armoniosa
Musical y alegre jerga;
Ya se sienten los zumbidos

De moscardones y abejas
Libando entre las corolas
Mieles, perfumes y néctar;
Ya, en fin, el aire nos trae
En sus alas mil esencias
Que embriagan el sentido,
Que nuestras sienas refrescan
Y hacen circular más rápida
La sangre por nuestras venas;
En las laderas del monte
Los tojos amarillean
Y los pinos en las cumbres
Como si fuesen cimera
De unos yelmos de gigantes,
Reemplazan las verdinegras,
Bífidas, antiguas hojas,
Por las verdes hojas nuevas
Que á manera de penachos
Álzanse en la rama, enhiestas.
¡Cuán grato es el reposar
Bajo sus frondas amenas
Y tenderse sobre el musgo
Que recubriendo la tierra
Forma mullido edredón
Do el cuerpo, cómodo, asienta!
¡Cuán bello es el panorama
Que desde allí se contempla!
El valle ameno y frondoso
Do el arroyo serpentea

Por entre juncias y sauces
Y abedules y mimbreras;
Las diseminadas chozas
Con sus muros, que blanquean
Al rayo del sol brillante,
A palomas se asemejan
Destacando su blancura
Entre el verdor de la yerba.
La esquila de los borregos,
El balar de las ovejas,
El mugido de las vacas
Y el relincho de las yeguas,
Unidos á la canción
De la moza que apacienta
Sus chotillos y que canta
Con voz argentina y fresca
Y el *aturuxo* estridente
Y agudo con que contesta
Al acabar su balada
El mozo que la requiebra,
Forman delicioso idilio,
De inefable gozo llenan
El alma del que disfruta
De tal cuadro en nuestra tierra,
En la tierra de los castros
Y de los dólmenes celtas;
En el país de las rías
Y de la verdura eterna,
Donde los rayos solares

Acarician y no queman
Aunque el cancro abrasador
Tierras agoste, extranjerías;
Donde las brisas del mar
Sus litorales olean;
Donde en medio del estío
Descienden las vagas nieblas
Por las frondosas cañadas
Y entre los pinos se enredan
Deshaciéndose en girones
Que menudísimas perlas
En la enmarañada fronda
Al evaporarse dejan.
¿Quién no admira tu hermosura?
¡Oh encantadora Suevia!
Sólo aquel que no te ha visto
Duda de tus excelencias;
Mas el que logró la dicha
De conocerte, aunque quiera
Olvidarte, tu recuerdo
Le persigue y enajena.

Al gran puerto Brigantino.

(PORTUS MAGNUS ARTABRORUM)

Cuando el bardo extasiado contempla
Desde la alta cima de escueto peñasco,
La cansada cabeza en la lira
De vibrantes cuerdas gentil apoyando,
Tu sublime belleza ¡oh gran puerto!
Que en tu seno encierras tantos pueblos ártabros,
Se siente dichoso, alegre y ufano
Al mirarte tan amplio y grandioso,
Con tus accidentes y paisajes varios;
Con tus rías, con tus ensenadas
Tus abruptas costas, tus sirtes y bajos
Desde el Cabo Prioriño, desnudo
Que su masa ostenta de peñascos áridos
Azotados por rabiosas olas
Movidas á impulsos del furioso Austro
Hasta el monte San Pedro que mira
Al Orzán inquieto revolcarse airado
Orladas sus olas que ondean al viento
Con niveos, movibles, flotantes penachos
Simulando revueltas melenas,
Cual si de Neptuno los fieros caballos
Aguijados de ocultos tritones
El mar recorriesen locos, desbocados
A estrellarse en la playa arenosa
Sus líquidos cuerpos, disueltos quedando.

¡Qué de objetos diversos, la vista
Atraen solícita y evocan lejanos
Mil recuerdos de tiempos que han sido
Y de antiguas razas que hasta tí llegaron!
Esa masa que envuelta en la bruma
Parece á lo lejos cual de un gran cetáceo
El flotante cadáver, no es otra
Que de las Sisargas el islote amplio
Y la torre que altiva se hiergue
Sobre aquel montículo desnudo y pelado
Contemplando tranquila las olas
Del mar, que incesantes, casi sin descanso
Cual terribles arietes, golpean
El fuerte cimientó del duro peñasco
Sobre el que tantos siglos la han visto
Alzarse altanera, hace dos mil años
Alumbró del fenicio las naves
Que á tocar venían, en el puerto ártabro,
De la tierra los últimos límites,
Pues de Finisterre cercano está el Cabo.
¿Qué es aquello que destaca y brilla
Por la luz herido del divino astro?
Es la antigua ciudad herculina
Que se vá extendiendo en anfiteatro,
En redor de la extensa ensenada
Que forma su puerto, rico y frecuentado;
El castillo que cual centinela
Su entrada domina, las bocas mostrando
De los viejos cañones que un día

Respeto pusieron al osado extraño,
Hoy es sólo natural defensa
Contra los embates del fiero Oceano;
Contrastando con la blanca arena
Que de Mera forma el largo playazo,
Se ve abrupta, la roca negruzca
A través surcada por venas de cuarzo,
Que los nautas y los pescadores
Audaces conocen por el Seijo Blanco;
Cerca de él la Marola temible,
Que baten las olas, infundiendo espanto
Y al chocar rebramando en la roca
Hasta el cielo lanzan sus espumarajos,
Levanta redonda su escabrosa masa
Cual equino enorme que tiene á su lado
A su tiernecito joven pequeñuelo
Buscando solícito el materno amparo.
Coitelada y Chanteiro el frondoso
Atraen la vista y están ocultando
Las antiguas villitas de Ares,
De Redes, de Sada, del Eume y Betanzos,
La ciudad más amada del celta,
La vetusta y fuerte, la inmortal *Brigantium*;
La que ha sido de Breogan la cuna,
De Breogan, el jefe, el héroe preclaro
Que de Roma burló la perfidia,
Audaz combatiendo por su pueblo amado;
Y la besan con sus linfas puras
El Mandeo y Mendo que en sus giros rápidos

Fertilizan la pródiga tierra,
Que de un paraíso compendio es exacto;
Escondida á extranjeras miradas
Recibe las brisas del mar que trocado
De furioso y revuelto, en risueño,
Penetra en las tierras ansioso buscando
A la cara dulcísima amiga
Ante quien tranquilo se presenta y manso.
¿Por ventura el fluido elemento
Nada más posee para su regalo
En tus costas ariscas y abruptas
Que el puerto herculino y el bergantiñano?
Sí; que aun tiene escondida otra joya
Más rica, poética y llena de encanto
Que la hermosa bahía de Hércules
La ría del Eume y la de Betanzos;
Aun le resta la ría preciosa
Donde reposado, risueño y diáfano
Cual espejo de acero bruñado
De azul lapizlázuli hermoso esmaltado
Se contemplan alegres y plácidas
Las bellas nereidas, su rostro admirando,
Así copian las aguas purísimas
Los claros reflejos de los pueblos ártabros
Esparcidos en las ensenadas
Que forman del puerto el contórno vario
Y los montes que ciñen solícitos
Cual padres amantes al hijo adorado
Defendiéndole de los aquilones

Y de los embates del mar Oceano
Es el puerto del Sol, que tranquilo,
Risueño y poético en su sueño plácido
Sólo turban los golpes ruidosos
De los martinets, cuyos férreos machos
Contundiendo los hierros candentes
Los juntan al choque en uno, soldándolos
Y los mil diferentes ruidos
Que estridentes, fuertes, agudos, metálicos
Se desprenden de sus arsenales
Donde construíanse las potentes naos,
Fieros monstruos de férrea armadura
En cuyos costados forjábese el rayo.

Vuelve el bardo su vista á tus playas
Y rocas abruptas ¡golfo abierto y ancho!
Y la fija en la punta saliente
Del Cabo Prioriño que altivo avanzando
Es jalón que hacia el Norte señala
Los últimos límites del Gran Puerto Ártabro.

*
* *

¡Oh Betis caudaloso!
¡Oh padre de las aguas!
Río que fertilizas
La andaluza, gentil, rica comarca;
La del cielo purísimo,
Tierra privilegiada,

Tierra de los amores,
Tierra de la belleza y de la gracia;
Tierra del garbo, ingenio y gallardía,
Tierra nunca olvidada
Por aquel que una vez la dicha tuvo
De verte, y en el alma
Lleva clavada la punzante espina
De la triste nostalgia.
¿Cuándo llegará el día
En que pueda mirarme yo en tus aguas?
¿Cuándo podré extasiarme en tus riberas
Soñadoras, risueñas, encantadas?
¿Cuándo de Abril y Mayo en las floridas,
Aromosas, poéticas mañanas
Cabe las frondas de tu orilla verde
Disfrutaré de placidez y calma?
¿Cuándo podré gozar del espectáculo
Con que al morir la tarde le regalas
Al que contempla el sol en Occidente
Entre zafir y oro y rosa y grana,
Lanzando fulgidísimos destellos
Que tus linfas reflejan y refractan
Devolviendo la luz que de él reciben
Más brillante, más rica, más diáfana?
¿Cuándo volveré á verte
Guadalquivir, que marchas
Sembrando tu camino
De flores, de verdor y de fragancia,
Entre adelfas y chopos

Y juncias y espadañas,
Almendros y granados,
Naranjales, olivos y altas palmas?

*
* *

¡Tierra de Valdetires!
¡Oh tierra de los cuervos y los pinos!
¡Tierra de las retamas y los tojos!
¡Tierra de los abruptos y altos riscos!
¡Tierra de los extensos arenales
Do se siente incesante el sordo ruido
Que las inmensas olas del Atlántico
Producen al romperse en tu recinto!
¡Tierra do de los celtas la bravura
Se retrata en las luchas de tus hijos
Armados en constante pie de guerra
Y haciendo resonar en los caminos
El estridente y penetrante *atruco*
Que los ecos repiten conmovidos!
Cuando en la oscura misteriosa noche
Se oyen los fuertes y potentes gritos
Lanzados, en señal de fiero reto
Por los mozos de pecho endurecido
Y se sienten chocar en los guijarros

Del profundo estrechísimo camino
Las cortantes astadas curvas hoces
Que al cuarzo arrancan chispas, sus durísimos
Toscos y fuertes acerados lomos,
Parécese asistir á los antiguos
Combates de Lapitas y Centauros
Ó á los tiempos de Roma, en que invadido
Por las huestes de César, victorioso,
El ártabro solar sucumbió altivo.
No al progreso, en tus valles, ni á cultura
Paso ha logrado abrirles nuestro siglo;
Fieles á sus antiguas tradiciones,
Aun tus gentes conservan el antiguo
Carácter celta, fiero, rencoroso,
Independiente, indómito, agresivo;
Aun el amor, la ira y el despecho
Suelen hacer que sea enrojecido
Por la sangre espumosa y rutilante,
El campo, que debiera sólo asilo
Dar, en su duro seno, al curvo arado,
A los tojos monteses y á los pinos;
Aun el feroz instinto de venganza
Domina en el arcaico Valdoviño
Y... seguirá, sin duda, dominando
Mientras en el profundo y negro abismo
De la crasa ignorancia torpe y ruda
Se hallen tus moradores sumergidos.

Las percebeberas.

Diana cazadora
Recorriendo la selva,
Seguida de las ninfas
Que la escoltan, ayudan y rodean,

Con el carcax al hombro
Lleno de agudas flechas
Y blandiendo su dardo
En la desnuda, armada, fuerte diestra,

Nunca fué tan airosa,
Ni entre sus compañeras
Lucióse tanta gracia,
Tanta desenvoltura y gentileza,

Cual entre las zagalas
Que van á la ribera
Del mar embravecido
A buscar los percebes en las peñas;

¡Con qué seguro paso
Calzadas con sus zuecas
Escalan animosas
Las cortantes, quebradas, duras piedras!;

Con el pañuelo rojo
Atado á su cabeza,
El seno en el justillo
Que le cubre, le ciñe y le sustenta;

Una corta enagüilla
Que tan sólo les llega
A las flexibles corvas,
Dejando al aire la desnuda pierna;

El mandil recogido
Formando faltriquera
Y el duro astil herrado
Blandiendo y empuñando en su derecha;

Parecía la pléyade
De lindas perceberas
Un silencioso grupo
De audaces y bellísimas nereidas,

Hacia el mar caminando
A hundirse en las cavernas
Donde bajo las olas
Anfitrite su solio augusto asienta.

¡Con qué seguro paso
Suben, bajan, rodean
Los cien mil accidentes
Que en su camino sin cesar tropiezan!

¡Cuán salvan los obstáculos!
No sé cómo se arreglan
Para no resbalarse
En las algas y limo que verdea;

—
Cuando el sitio es difícil
Con el astil se aferran,
Su espátula cortante
Apoyando y hundiendo entre las grietas;

—
Llegan hasta la orilla
Do las ondas se estrellan
Con hervoroso estrépito
Y con ruda y salvaje violencia;

—
Casi al momento mismo
Principia la faena
De arrancar los percebes
Que en la roca se adhieren y se insertan;

—
La ola, en su reflujo,
Al descubierto deja
El moluscopreciado
Que vuelve á recubrir otra onda nueva;

—
Las atrevidas mozas
Disputan con presteza
Al mar, que airado ruge,
La ansiada, esquiva y codiciable presa;

—

En movimientos rápidos
Imprimen con violencia
Un giro rotatorio,
A la *cacha*, que empuñan en la diestra;

Y en tanto que se afanan
De escudriñar no dejan
A las movibles ondas
Que mansas vienen á besar sus piernas;

Y otras veces, hinchándose
Para cobrar más fuerza,
Prepáranse traidoras
A intentar una insólita sorpresa;

Mas un grito de alarma
Pone en fuga completa
La silenciosa turba
Que huye, corre veloz y á lo alto llega,

Cual tímido rebaño
De asustadas ovejas
Que del sangriento lobo
Escapando hacia el monte se dispersa;

En un punto convergen
Con rápida carrera
Y buscan un refugio
Que en su seno escabroso las defienda,

A veces la alta onda,
Llegando junto á ellas,
Con su manto de espuma
Las moja, las inunda y las anega;

—

Pero fuertes haciéndose
Con sin igual firmeza,
Cogidas de las manos
Y de las rocas que á su alcance encuentran,

—

Resisten al embate
De la salada y pérvida
Rugiente catarata,
Burlando su furor y su soberbia;

—

No es ese un contratiempo
Que las aturda y venza,
Pues resueltas persisten
En su temeridad y audacia tercas;

—

Si alguna menos ágil,
Vacila ó bien tropieza,
La terrible avalancha
Gigante, aturde á la infeliz doncella;

—

¡Ay de aquella cuitada
Si pierde su presencia
De ánimo y no busca
Asidero en el pico de una peña;

—

La onda en su descenso,
Arrástrala, envolviéndola,
Hasta el profundo abismo
Do la destrozará con rabia fiera.

—
¡Oh muchachas audaces!
¡Oh lindas perceberas!
¿Cómo exponéis así la heroica vida
Por tan fútil, mezquina recompensa?

—
*
* * *

Castrelo de Valdetires
Que viste espoliar las tierras
Del Ártabro á los romanos
Que embarcando en la Frouseira
Llevábanse de oro puro
Atestadas sus galeras.
Castrelo de Valdetires,
Desde donde el fiero celta
Con desprecio contemplaba
La rapacidad aquella,
Sin comprender que los hombres
Por las brillantes arenas
En son de guerra llegasen
Desde tan lejanas tierras

Y entrasen á sangre y fuego
Como de lobos hambrienta
Manada, sin respetar
Las vidas ni las haciendas
De aquellos que defendían
Su patria y su independencía!
Desde tu redonda cúspide,
Que á un círculo se asemeja,
Inclinada dulcemente
Mirando hacia la ribera
¡Cuántas escenas vandálicas
Presenció la faz siniestra
De los hombres que en tu cima
Construyeron sus viviendas!
¡Qué de lágrimas de rabia
Vertidas por la impotencia!
¡Cuánta desesperación
Al ver esclava su tierra
Y no poder libertarla
Y redimir no poderla
Ni á costa de sus tesoros
Ni á costa de su existencia!
¡Qué de lamentos al ver
En la división funesta
Y en la tradicional lucha
De todas las tribus célticas
La causa de que el romano
Robe, invada, triunfe y venza!
Arrase todas las chozas,

Tale todas las cosechas,
Destruya todas las vidas,
Sin respetar su frenética
Sed de sangre, á los ancianos
Los jefes ni la inocencia;
Conservando solamente
A las heroicas doncellas
Para servir de regalo,
En esclavitud abyecta,
A los fieros vencedores
Cuya bárbara rudeza
Las condena á trabajar
En las minas, bajo tierra
Su lujuriosa lascivia
Habiendo saciado en ellas!
¡Qué de recuerdos se ocultan
En tus entrañas de piedra,
Donde tal vez escondidas
Están de los nobles celtas
Las cenizas y las tumbas,
Las armas y las preseas,
Juntamente con las víctimas
Inmoladas en la guerra!
Así cantaba Baltar,
Bardo de voz dulce y tierna,
Mirando al hermoso castro
Sentado en la cima escueta
Del prominente Campelo
Un día, en que húmeda niebla

Y frío viento, su rostro
Azotaban con dureza
Y su acento triste y lánguido
Se perdía entre las breñas.

Al castillo de Andrade.

Torre enhiesta, vetusta y oscura
Que en árida roca altiva te yergues
Dominando la fértil, frondosa
Y amena comarca regada del Eume;
De aquel río de linfas purísimas
Y de cristalina y mansa corriente,
¿Qué se hizo tu indómito orgullo?
¿Qué de tus hidalgas y tus nobles gentes?
¿Qué de aquellos señores de Andrade
Temidos de todos por fieros y fuertes?
¿Por qué aún tu esqueleto disforme
Su antigua grandeza evoca en la mente
Infundiéndole un mudo respeto
No obstante tu sueño profundo, de muerte?
Tú pudieras contarnos historias
Y antiguas consejas de nobles y héroes
Que imperaron un tiempo en Galicia,

Tierra desdichada en donde sintiéronse
Con más duro rigor los abusos
Que en todos los tiempos usaron los fuertes
Desdeñosos, terribles é impíos,
Sobre desvalidas y débiles gentes.
Tú pudieras hablarnos de cuando
Un ilustre príncipe, un hijo de reyes,
Amparóse de tus gruesos muros,
Habiendo encontrado no sólo en las huestes
Que á tus Condes servían solícitas,
Heroicos hidalgos, sumisos, corteses,
Más apoyo, lealtad y ternura
En el viejo Conde, que á su hijo le cede,
Para que por las tierras extrañas
Cual noble escudero le acompañe siempre;
Tú habrás escuchado del anciano padre,
Despidiendo al hijo, las frases siguientes:
Sé boo, sé leal, sé noble é valente
Que millor compañía topas non poideches.
Tú admiraste las buenas acciones
De aquel noble prócer, de aquel Fernán Pérez,
Que por *Bueno* conoce la historia
Cuyos beneficios recordarán siempre
Los que gozan á través del tiempo
De sus liberales y regias mercedes;
Él fundó muchas obras benéficas,
Construyó caminos y templos y puentes,
Resaltando su grata memoria
Entre su orgullosa y altiva progenie.

Ya tal vez á su término toca
Tu larga existencia y quizás se ciernen
Sobre tu esqueleto recio y vetustísimo
Hálitos de ruina, destrucción y muerte.
Ya hace tiempo que en el abandono
Se encuentra tu masa disforme, imponente
Y azotada del viento y la lluvia .
Resiste el insulto de toda intemperie;
Ya hace tiempo que los tan temidos
Por quienes sus chozas á tu vista tienen
Han dejado desierto el paraje
Que tus almenados bastiones defienden;
Los cernícalos, los zorros y águilas
Que habitan tus muros y allí se guarecen
Ya, cual antes, tus Condes, imperio
Con incontrastable fiereza no ejercen .
Perseguidos sin tregua y con saña
Dentro de tus ámbitos combatidos mueren.

.....
Ya, por fin, á sonar va la hora
Quizás no lejana, tal vez muy en breve
En que tu enorme mole altanera
Cediendo á los golpes del moderno ariete
Se derrumba, llegando un momento
En que algún curioso que un día quisiera
Recordar do estuviste asentado,
Ni aún con la peña do te alzas acierte.

En la muerte del gran poeta Núñez de Arce.

¡Rompe lira tus cuerdas que vibraron
Al impulso viril de aquel coloso
Cuyo divino acento prodigioso
Las ninfas de Helicon celebraron!
En el rico crisol se caldearon
De su excelso cerebro portentoso,
Sublimes pensamientos que en precioso
Raudal deslumbrador se desbordaron.
¿Es posible que aquella inteligencia
Clara, vibrante, activa, creadora,
Yazca inerte y hundida en la impotencia?
¿Do huyó su inspiración? ¿qué resta ahora
De tanta brillantez, talento y ciencia?
¡Polvo humilde, no más! ¡España... ¡llora!!

*
* *

Penetré en la oscura misteriosa cueva
Y á través de los cantos rodados
Encontré angostísima y difícil senda;
Envolvióme muy pronto la sombra
Con sus lobregueces y horribles tinieblas
Y pasaban rozando mi frente
Las pardas lechuzas esquivas y tétricas;

Encendí con presteza mi lámpara
Y al débil destello de su luz incierta
Pude, al fin, orientarme en el caos
De la densa sombra misteriosa y negra.
¡Qué portento mi vista descubre!
¡Qué mágico antro, cómo reverberan
De mi luz el reflejo y la imagen
En mil cristalinas pulidas facetas!
¡Qué de arcadas y extrañas columnas!
¡Qué curiosas formas mis ojos contemplan!
¡Qué de charcos de pura y unida
Transparente linfa mis ojos recrean!
¡Cuál se sienten caer á intervalos
Desde la alta bóveda las líquidas perlas,
Produciendo timpánico efecto
Al herir las aguas diáfanas, tersas!
Ora un timbre sonoro metálico
Allá entre las bóvedas repercute y tiembla,
Ya el vibrante que claro argentino
Surge del más puro cristal de Venecia;
Otras veces la gota que cae
En la estalagmita de capas concéntricas
Reproduce el sonido del beso
De una enamorada y gentil pareja.
¡Qué quietud, qué indecible armonía
El ánimo embargan! Cuán grata y serena
Es la dulce, la plácida calma
De que se disfruta en la oscura cueva.

*
* *

Deja ¡oh Patria! que suenen mis acentos
No cantando á la fe ni al amor santo
Mas, discordantes fieros iracundos,
Al recordar tanta bajeza y tanto
Infame oprobio con que te cubrieron
Menguados hijos que tu gloria hundieron.

¿Quién ha sido la causa
De tanta humillación y tal afrenta?
¿El insidioso y ávido extranjero?
¿El bárbaro, soberbio y arrogante?
¡Oh profunda verdad, triste y cruenta!
¡El odioso egoísmo vil y artero,
El agio criminoso y repugnante,
El insolente y fiero caciquismo,
La injusticia, el orgullo, el fanatismo!

¿Do se han ido las clásicas virtudes
De tus hijos? ¡oh España sin ventura!
¿Do su noble tesón y audacia loca?
¿Dónde aquellas austeras espartanas
Primitivas costumbres castellanas
Que te hicieron temible y respetable
Cuanto eres hoy humilde y despreciable?

¿Tanta gloria y grandeza
Es posible que así hayan trocado
En timidez, humillación, vileza?

—
¿El rudo latigazo
Que restalló en tu faz con furia horrible
No hará correr con ira y con despecho
De tus hijos la sangre incommovible?
¿Qué funesto marasmo
Ahoga su energía y su entusiasmo?
Mas ¡oh mengua! ¿Entusiasmos y energías
Ha de tener aquel que en blando lecho
Mira inconsciente como el tiempo pasa
Y transcurren los meses y los días
Sin poner á sus vicios freno y tasa?

—
¿Quién pedirá proezas
Y altruismo y arrestos y aptitudes
Gallardas á los hombres corrompidos
Causa eficiente del atroz quebranto?
¿Cómo pedir abnegación, virtudes
A los que fementidos
Originan dolor y oprobio tanto?
Sólo cuentos insulsos y procaces
Y argumentos sofisticos falaces
Formulará su lengua veleidosa
Tanto como inconstante mariposa.

Todos fuimos culpables,
Nos dijeron con cínico descaro...
¿También es responsable
Aquel noble y valiente pueblo ignaro
Cuyos hijos sufrieron cruda muerte
Abandonados á su triste suerte?
¿Ó los que en duro largo cautiverio
Arrastrando una vida miserable
Soportaban torturas inauditas
Muriendo en el oprobio y el misterio
Cual criaturas viles y malditas?

No los tristes carneros
Cuando el lobo penetra en el aprisco
Ó cuando recatado y cauteloso
Oculto en los zarzales y linderos
La pista sigue audaz de risco en risco
Dispuesto á acometer impetuoso
Más tímidos se muestran y apocados
Que lo están nuestros pueblos desdichados
Ante la turba abyecta y fracasada,
Hipócrita, cobarde, solapada.

¡Hay que regenerarse!
(Gritan esos falsarios impudentes
Dispuestos á una nueva indigna farsa)
Y hacen coro las gentes
A la frase mendaz cuanto especiosa
Que oculta nueva burla ignominiosa;

Y así vamos marchando
Cual cómica, ridícula comparsa
Tratando de engañarnos mutuamente
Al progreso y cultura renunciando
Siendo mofa del mundo inteligente.

—
Es ilusión nuestro falaz progreso,
La enseñanza, mentida,
Modificada con criterio aciago;
Aun se aplica á los presos la tortura
Para arrojar la luz sobre un proceso,
Costumbre medioeval, salvaje y dura.

—
Aun nuestro pueblo edúcase entre sangre
Teniendo por escuela el matadero
Y en los días festivos
Halla goce cruel y verdadero
En las plazas de toros do á raudales
Corre la sangre de hombres y animales!

—
Vives ¡oh España! haciéndote ilusiones
Sin ver cuántos motivos
Tienes para alligarte
De no asir con afán las ocasiones
Para poder curarte y corregirte.
¡Pueblo envuelto en feroz rutinarismo,
Minado por salvaje fanatismo!
¡Ay de tí si no rompes diligente
Ese molde vetusto y anticuado

Dentro del cual estás petrificado!
¡Ay de tí si no agitas
La humillada cerviz que escarnecieron
Los que en el polvo tu grandeza hundieron!
¡Despierta pueblo apático é inerte!
¡Rompe tu indigno ignominioso yugo!
Ó condenado á muerte
Serás tu propio juez y tu verdugo.

A Cecil Rhodes

EN SU MUERTE

¡Por fin la fiera parca
Te arrebató, ambicioso, miserable!
Antes de que pudieras
Contemplar el final de tu vil obra
La muerte te atajó cuando creyeras
Poder saciar tu pérfida, execrable,
Monstruosa avaricia,
¡Vil esclavo de bárbara codicia!
¡Asesino de tantos inocentes
Víctimas de tu orgullo loco y vano!
Cuando has reconocido que impotentes
Eran para salvarte
Los medios todos de la humana ciencia,
Debió de horrorizarte
La negra dobleguez de tu conciencia!
Duro ha sido el castigo

A tu audaz proceder, fiero, inhumano;
Cruel la decepción por tí sufrida;
Mas justa y merecida
Fué la lección á tu egoísmo insano.
¿Qué lograste alcanzar, monstruo insaciable,
Humano Maelstroon, viviente sima,
Vorágine espantosa é insondable?
A cambio de aquel oro
Que en fúlgidos destellos, á raudales
Soñaste acumular, has encontrado
El menguado tesoro
De un estrecho ataúd, que tus mortales
Residuos ha igualado
A los de aquellas víctimas airadas,
Por tu dolo y crueldad sacrificadas;
Tu muerte habrán sentido solamente
Tus odiosos secuaces,
Cual tú, ambiciosos, pérfidos, falaces,
Y tus viles sicarios
Más crueles que tigres sanguinarios.
En tanto, el mundo entero á quien tu obra
Ha llenado de horror, te ve en la tumba
Tranquilo, indiferente, sin zozobra;
Y mientras el cañón fiero retumba
Despedazando á tantos inocentes
Heroicos, virtuosísimos varones
En redor de tu helado cuerpo zumba
Sordo rumor de horribles maldiciones.

*
* *

¡Fuertes olas del mar que en el playazo
Rompéis con un ruido atronador,
Revolviendo las pálidas melenas!
Desde ahora seré vuestro cantor.

Avalanchas terribles y rugientes
Que en el peñasco abrupto con furor
Ó en el cantil os estrelláis rabiosas
Desde ahora seré vuestro cantor.

Bajos cuya terrífica presencia
Descubren las rompientes con su hervor
Salpicando los cielos con su espuma
Desde ahora seré vuestro cantor.

Bandadas de locuaces gaviotas
Que de la tempestad en el fragor
Hendís magestuosas el espacio
Desde ahora seré vuestro cantor.

Negros cuervos marinos que agrupados
Buceáis de la sirte en derredor
Y en el peñón escueto hacéis el nido
Desde ahora seré vuestro cantor.

Amantes que una triste, aciaga suerte
Arrebató á los goces del amor
Matando la ilusión en vuestras almas
Desde ahora seré vuestro cantor.

—

Náufragos que en el mar de las pasiones
Zozobraстеis al soplo destructor
De los tristes, crueles desengaños
Desde ahora seré vuestro cantor.

—

Guerreros que en la pérfida celada
Caísteis combatiendo con valor
En defensa del bien y del derecho
Desde ahora seré vuestro cantor.

—

Obreros que en el fondo de las minas
Recubiertos de polvo y de sudor
Oscura muerte halláis en el trabajo
Desde ahora seré vuestro cantor.

—

Seres humildes, seres desgraciados
Privados de fortuna y de favor
Venid á mí, contadme vuestras penas
Desde ahora seré vuestro cantor.

EL COLMO

Ya tocamos las tristes consecuencias
De nuestra imprevisión; ya se propasan
A venir á pescar en nuestras costas
Los hijos de Albión y de las Galias,
Que no sólo con artes prohibidas
Agotan la riqueza más preciada
De nuestro litoral, sí que riéndose
De tratados, de leyes y ordenanzas
Tienden sus destructores aparejos
A nuestra vista, en nuestras propias aguas
Y atropellan á nuestros pescadores
Y sus míseras redes desbaratan,
Las rompen, las desgarran y destrozan,
De su daño riéndose en sus barbas,
Seguros de no hallar quien les obligue
A que paguen los daños que les causan;
Ya el celo y el rigor y la energía
Sólo se emplean para los de casa;
Hallámonos lo mismo que en Marruecos
Ó en el hogar de gente acanallada
Donde la humillación y el servilismo
Ante el extraño, truécense en la bárbara
Represión violenta y bochornosa,
Injusta, deprimente y arbitraria

Con la esposa y los hijos inocentes
Que en el hogar misérrimo se hallan.

.....
¡Triste Nación que tales atropellos
Toleras y te miras gobernada
Por gente que causó con sus errores
La ruina y deshonra de la Patria!

*
* *

Vuelve horrísono Marte
A recorrer del orbe la ancha esfera
Produciendo espantosas hecatombes
En Europa, en el Asia y en América;
Aquí luchas feroces intestinas,
Allá terrible, bárbara y sangrienta
Comenzó entre dos pueblos antagónicos
Desapiadada y desigual pelea;
Mueve al uno el derecho, la justicia
Y el natural instinto de existencia,
El honor y prestigios de su raza
Que ya en remotos tiempos consiguiera
Llegar del adelanto hasta la cumbre
Con superioridad enorme, inmensa
Y al romper hoy con anticuados moldes
Y en veinte años al tocar la meta
Del progreso actual, desentendiéndose

De seculares prácticas, añejas,
Dió elocuente lección de su cordura,
Siendo en la humana historia la primera
Nación que ha demostrado claramente
A aquellos que pretendan
Adelantar, precisan separarse
De rancias vetustísimas ideas.
De otra parte, un coloso
Insaciable y voraz como la fiera
Que habita entre los témpanos helados
Marcha veloz cruzando las estepas
Y forma una amalgama repugnante
De barbarie y cultura, inopia y ciencia,
Vivo representante entre los hombres
Del dolo, la avaricia y la soberbia;
Valiéndose de esclavos
Cual de tosca escalera
Que apenas ha servido
Se aparta, se arrincona y se desprecia.
¿Quién vencerá? Tal vez el más odioso;
¿Al Transvaal no ha vencido la Inglaterra?
¿A la Grecia, Turquía
Y el yanke á Sud América,
El Istmo panameño anexionándose,
Clave de su futura omnipotencia?
.....
Marte y Belona ha tiempo se asociaron
Con Jove, con Neptuno y con Minerva;
Ya el rayo puso en manos de los hombres

Júpiter vengador; ya Palas fiera
Les acude no sólo con su lanza
Sí que también la égida
Inmortal y terrible se complace
En dejarles usar; Neptuno presta
De buen grado las líquidas espaldas
Y á las terribles Furias carga en ellas.
¿Es que tal vez los dioses, indignados,
Burlando de los hombres la soberbia
Les cedieron sus armas formidables
Para que destrozándose perezcan?
¿Ó quizás el transcurso de los siglos
Tornándoles decrépitos pudiera
Hacerles desbarrar y despojarse
De atributos y antiguas preeminencias?
Ya los vientos á Eolo
Dejan de obedecer; bajo la tierra
Los terribles Titanes
Iracundos y airados forcejean;
El mar desobedece de Neptuno
El mandato y comienza
Las costas á invadir; Ceres, con lluvia
Terrible y pertinaz los campos riega
Mientras el caucro abrasador devora
En otros puntos, agostadas tierras.
¡Vigésima centuria! ¡Cuán terrible,
Anárquica, espantosa te presentas!



BIBLIOTECA NACIONAL DE ESPAÑA



1104755079